

Habiendo dicho en principio que el traficante ruso había pasado á maestro en cuestión de escándalos de todo género, y de fantasías burlescas é insensatas, Ejoft se preguntaba: ¿de donde proviene eso? Y respondíase:

— «Me parece que estas disposiciones particulares á escándalos tan salvajes, descubren tanto la insuficiencia de educación como exceso de energía sin empleo. Está fuera de dudas que nuestra clase traficante, es con más ó menos excepciones, la más sana, la más robusta y al mismo tiempo la menos trabajadora...»

— ¡Eso es ciertísimo, de una exactitud absoluta! exclamó Tomás acompañando sus palabras con un puñetazo formidable. Tengo tantas fuerzas como un buey y no trabajo más que un gorrión...

— ¿Qué uso puede hacer el traficante de su energía? La Bolsa no pide mucha; la gasta en orgías, en los cafés cantantes, ignorando que sus fuerzas musculares tienen otro empleo más digno, más precioso. Es aun un animal y la vida es para ellos una jaula estrecha, estando dotados de buena salud y con tan amplias costumbres. Molesto por la civilización, se sacude de cuando en cuando y se lanza en la corrupción. La corrupción del traficante, es siempre la protesta de la bestia aprisionada. Es incontestablemente deplorable. Pero ¡ay de mí! aun será peor cuando la bestia haya adquirido un poco de talento y haya disciplinado sus fuerzas. Creedme, el traficante hará siempre algunos escándalos, pero entonces estos escándalos perderán las proporciones de acontecimientos históricos. ¡Que el cielo nos preserve de ello! Pues entonces el objetivo, será el deseo de subir al poder, su fin, el poderío de una sola clase y estad seguros de que el traficante no se detendrá en la elección de medios para llegar á ello...»

— ¿Eh? ¿qué piensas tú de esto? ¿Es verdadero? preguntó Ejoft poniendo el periódico á un lado.

— No comprendo el final, respondió Tomás. Todo lo que concierne á la fuerza está muy justo. ¿Para qué me sirve á mí la fuerza sino le encuentro empleo? Habría debido pegarme con canalla... ó ser canalla yo mismo... en general, hacer algo... grande... Pero no con la cabeza, con los brazos y el pecho... No, que estoy condenado á ir á la Bolsa para aplicarme á robar un rublo á mi vecino... ¿Tengo acaso necesidad de ello? Y más aun: la vida está constituida sólo sobre esta base? ¿Qué vida es esta en donde todo el mundo gime y está estrecho? La vida debería ser á gusto de cada cual... Si yo no tengo bastante sitio, estoy obligado de hacérmelo... para sentirme á gusto... ¿Pero cómo? ¿ese es el problema! ¿Qué es necesario hacer para vivir libremente? No puedo comprenderlo y me hago siempre la misma pregunta...

— Sí, exclamó Ejoft lentamente. ¡Así te encuentras! ¡No es malo! ¿Si pudieses instruirte un poco? ¿qué piensas de los libros? ¿Has leído algunos?

— No, no me gusta leer, no leo...

— No te gusta, porque nunca has leído.

— Tengo hasta miedo de leer... Conozco alguno... es peor que un borracho. ¿Qué resultado da la lectura? Un hombre inventa una historia, los demás la leen... Si es por curiosidad... está muy bien. Pero si es menester aprender á vivir por los libros es grotesco. No es Dios quien escribe los libros, son los hombres. ¿Cuáles pueden ser los ejemplos y las leyes que puede dictar para su uso?

— ¿Y el Evangelio? Ha sido escrito por los hombres.

— Eran los Apóstoles... No hay más ya...

— ¡La observación es justa! Es verdad, amigo, ya no existen más Apóstoles... sólo se encuentra Judas, y aún esos son degenerados.

Tomás estaba contento porque veía que Ejoff le escuchaba atentamente y parecía pesar algunas de sus palabras. Por primera vez en su vida encontraba semejantes disposiciones con respecto á él, y lo aprovechaba para expresar libremente ante su camarada, todos sus pensamientos, sin buscar las palabras cierto de ser comprendido, porque se deseaba comprenderle.

—¡Eres un muchacho bien extraño! le dijo por fin Ejoff, dos días después de su encuentro. No eres de palabra fácil... pero se adivina en tí un alma audaz. ¡Si tuvieses alguna práctica de la vida, habrías podido hablar alto y firme... sí!

—¡Ah, las palabras no alivian en ningún modo y no nos purifican, suspiró Tomás tristemente. Hablabas el otro día de las gentes que pasan por saberlo todo y poderlo todo... Yo conozco también algunos... Mi padrino es de ellos... Contra ellos, es contra quienes se debería empezar una campaña... sacarlos á la vergüenza... Son individuos nefastos...

—No puedo imaginarme, Tomás, cómo harás para vivir, si conservas, más tarde, lo que tienes en tí mismo, le dijo Ejoff pensativo.

—Es duro... Me falta perseverancia... Yo habría quizás podido hacer algo, pero en el momento... Comprendo, por ejemplo, que todo el mundo sufre y se siente estrecho... y yo sé que el padrino se da cuenta perfectamente... Pero él aprovecha este este estado... Así vive á su gusto: entra donde quiere como una anguila... Mientras que yo soy un hombre corpulento y pesado... ¡Y me ahogo! ¡Yo vivo trabado!... pero no tengo más que hacer un esfuerzo con todo el cuerpo y las ligaduras caerán...

—¿Y después? preguntó Ejoff.

—¿Después?

Tomás reflexionó un instante: luego movió la cabeza y dijo:

—No sé aún; ¡lo veré!

—¡Veremos! concluyó Ejoff.

Este hombrecillo vegetaba en la vida. Su día empezaba así: por la mañana tomaba el té, recorría los periódicos y sacaba de los sucesos del día su crónica que hacía inmediatamente en su extremo de la mesa. Después de esto, pasaba presuroso á la redacción del periódico y recortaba en varias cuartillas extractos que presentaba bajo el título de *Cuadros de provincia*. El viernes preparaba el folletín del domingo. Todo este trabajo le valía ciento veinticinco rublos mensuales; trabajaba de prisa y consagraba sus horas libres á la *Revista de los establecimientos religiosos*. Hasta media noche, andaba en compañía de Tomás, por los círculos, los cafés cantantes y los restaurants, recogiendo en todas partes datos para artículos que titulaba: *Los cepillos de la conciencia pública*. Llamaba al redactor jefe «el gerente de la propagación de la verdad y de la justicia en el mundo,» á su periódico «la entrometida, ocupada en poner al lector al corriente de ideas maléficas» y su trabajo «la tienda del alma al pormenor» ó también «un ensayo de temeridad contra las instituciones de naturaleza divina.»

Tomás no distinguía la mayor parte de las veces, si Ejoff estaba serio ó si bromeaba. Hablaba de todo fogosamente, lo denigraba todo, y eso agradaba á Tomás. Le sucedía también empezar un discurso con un ardor apasionado y contradecirse con el mismo ardor ó concluir con alguna salida bufona. En estas ocasiones, Tomás se decía que no llevaba en sí ningún ideal, que para él no había nada sagrado, nada que le guiase. Sólo cuando hablaba de él mismo, Ejoff tomaba una voz diferente, y entonces cuanto más calor ponía en sus palabras, más era terrible y duro para con los otros. En sus referencias á Tomás, este mismo contraste atizaba y le decía con voz vibrante:

—¡Animo! ¡Echa por tierra y niega lo que puedas! ¡Abrete camino! Nada es más precioso que el hombre; acuérdate de eso... Grita con todas tus fuerzas: ¡Libertad! ¡libertad!

Pero cuando Tomás, inflamado por esta palabra, pensaba en combates, en confundir á todos los que por interés personal rehusasen ensanchar los límites de la vida, Ejoff le interrumpía á menudo:

—¡Deja! tú no puedes nada. Los individuos como tú son innecesarios... Vuestra era, la era de la violencia, pero no la del talento, ha pasado! Llegas demasiado tarde... Tu puesto está tomado ..

—¿Tomado? ¡Mientes! gritaba Tomás, á quien la contradicción visitaba.

—Vamos á ver, ¿qué puedes tú hacer?

—¿Yo?

—¡Tú!

—Toma... puedo matarte, respondió Tomás apretando los puños con rabia.

—¡Oh! ¡qué horror! decía Ejoff, levantando los hombros con lástima. ¿Tiene eso buen sentido? Yo estoy bastante deteriorado, estoy medio muerto...

Atento á cada una de sus palabras, observándole y compilando sus discursos, Tomás comprendía que Ejoff era un hombre tan débil y tan sin guía como él. Y, sin embargo, notaba su influencia. Su lengua se enriquecía de expresiones nuevas y se apercibía á veces con alegre admiración del giro hábil y de la fuerza que había sabido dar á su palabra.

—Nos vamos á divertir hoy, declaró una mañana Ejoff. Nuestros cajistas se han reunido y toman su trabajo directamente de la imprenta... Con esta ocasión se organiza una fiestecita á la que estoy invitado... soy yo quien se lo ha aconsejado... ¿Vienes? Les pagarás la bebida...

—Con gusto, dijo Tomás, indiferente en los medios de matar el tiempo.

En la noche del mismo día, Tomás y Ejoff se encontraban en el campo, en el lindero de un bosque, en compañía de individuos de tinte pálido. Los tipógrafos eran doce; muy limpios, estaban con Ejoff con cierta confianza que admiraba mucho á Tomás, pues á sus ojos Ejoff era un maestro, su superior, y ellos no eran sino sus servidores.

La presencia de Gørdeieff pasó inadvertida, por más que, llegando Ejoff, lo hubiese presentado y que todos le hubiesen estrechado la mano y hecho una acogida amable. Se extendió bajo un nogal apartado, sintiéndose extraño en esta reunión y advirtiendo que Ejoff le evitaba y no le hacía caso. Este buscaba evidentemente la compañía de los tipógrafos. Se esforzaba en hacer lo que ellos; corría, se acercaba al fuego, descorchaba botellas de cerveza, juraba y reía á carcajadas. Vestía también con mayor sencillez que de costumbre.

—¡Amigos míos, qué bien me siento entre vosotros! ¡Mi origen y el vuestro son hermanos! ¡No soy más que el hijo de un portero, del suboficial Matié Ejoff!

«¿Para qué preguntarles eso? se preguntaba Tomás. Cada uno es hijo de su padre .. y la estimación no viene á causa del padre .. sino por los méritos personales.. »

El sol se ponía y el cielo tenía el carácter de una inmensa hoguera que tenía las nubes de oro y sangre, y aquellos hombres que se agitaban ruidosamente, ofrecían un conmovedor contraste con la calma profunda de la selva. Uno de los obreros, alto y delgado, con sombrero de paja de ala ancha, tocaba una armónica. Otro de bigote negro, su gorra metida hasta la nuca, cantarrea á media voz. Otros ensayaban sus fuerzas en un árbol flexible. Varias siluetas se movían alrededor del canasto de las provisiones; un hombre gris echaba sarmientos

al fuego. Sus ramas húmedas se retorcían y chisporroteaban, mientras que la armónica continuaba su aire alegre que acompañaba la voz del cantor.

Al borde del foso tres jóvenes conversaban echados en la hierba y Ejóff ante ellos, les hablaba con su tono penetrante:

—Sois los porta bandera del estandarte sagrado del trabajo... y yo soy como vosotros, un simple soldado en las mismas filas, al servicio de Su Majestad la Prensa... Debemos continuar unidos en una fraternal y sólida amistad...

—Lo que decis, es cierto, Nicolás Matveich, articuló una voz baja. Os suplicamos intercedáis por nosotros acerca del editor. ¡Usad de vuestra influencia! Es inadmisibile poner al mismo nivel la enfermedad y la borrachera... Mientras que con su sistema he aquí lo que sucede: cuando algún compañero se emborracha, se le insulta; cuando cae malo... sufre el mismo castigo. Nosotros querriamos poder llevar un certificado del médico en caso de enfermedad... como prueba, y se le daría entonces al reemplazante la mitad de la paga del ausente. Esto es muy duro á veces... sucede que tres caen enfermos al mismo tiempo.

—Sí... es razonable, incontestablemente, aprobó Ejóff. Pero, amigos míos, los principios de la cooperativa...

Tomás no prestó más atención á su conversaci6n. La indiferencia de que se creía objeto le hería en su amor propio, al tiempo que le inspiraba estimaci6n por aquellos individuos, en cuyos rostros el polvo del plomo habia señalado su sello gris. Casi todos conversaban de cosas serias y empleaban expresiones justas. Ninguno le buscaba, no le importunaban con aquella bajeza servil que veía habitualmente en sus compañeros de recreo. Consideró esto lleno de satisfacci6n.

—«¡Ved esos! se decía, tienen su orgullo.»

—Nicolás Matveitch, exclamó bruscamente una voz á su lado, no se pueden juzgar las cosas por los libros! Es menester ir á los hechos... Se disputa una corteza de pan por necesidad y no por haberlo leído en los libros. No existen reglas para esto.

—Dispensad, amigos míos. La experiencia de nuestros compañeros debe servirnos...

Tomás volvió la cabeza del lado en que Ejóff peyoraba, gesticulando con el sombrero que tenía en la mano.

Pero en este momento alguien dijo:

—¡Aproximao, señor Gordeieff!

Un muchacho rechoncho con blusa y botas de montar, le sonreía amigablemente, pronunciando estas palabras. Su rostro, redondo y ancho, de gruesa nariz, agradó á Tomás y respondió sonriendo igualmente:

—Con gusto... ¿Pero no es hora de aproximar tambien el cognac? He traído una decena de botellas por casualidad...

— ¡Oh! ¡Bien! ¡Bien se ve que sois un comerciante serio! Voy á comunicar esta nota diplomática á los compañeros...

Y se echó á reir, encantado de su propia broma. Su risa contagiosa ganó á Tomás que se sintió alegre y dichoso, preguntándose si era la precocidad del muchacho ó bien el calor del hogar lo que le calentaba el corazón.

El crepúsculo palidecía. En el horizonte, en la puerta, una inmensa cortina de púrpura bajaba hacia tierra, descubriendo la profundidad infinita del cielo, donde brillaban las innumerables luces de las estrellas. A lo lejos aparecía, confusa ya, la masa compacta de la ciudad que una mano invisible bordaba de luces, mientras que acá la foresta majestuosa erguía al cielo su muralla negra. La luna no

había aun aparecido y en los campos se extendía una semiclaridad gris...

Todos se aproximaron al fuego; Tomás se colocó al lado de Ejoff, de espaldas á la llama, teniendo en frente una fila violácea de rostros alegres é inocentes.

Todos estaban ya un poco excitados por el vino, pero ninguno estaba aun ebrio. Bromeaban, reían, empezaban canciones y bebían comiendo pepinos, pan blanco y salchichón. Todas estas cosas tenían este día un gusto particularmente agradable para Tomás. Se sentía á gusto en aquel medio ambiente franco y sencillo. Habría querido encontrar palabras cordiales que decir y despertar en estas gentes simpatías por él Ejoff, sentado á su lado, murmuraba palabras ininteligibles, se agitaba sin cesar, le daba con el codo, sacudía la cabeza...

—Vaya, amigos míos, propuso el rechoncho muchacho, cantemos la canción de los estudiantes.. ¡Vamos! una .. dos...

Nuestros días corren
rápidos cual las olas...

Empezó con voz de contralto.

—¡Camaradas! dijo Ejoff, levantándose, con su vaso en la mano.

Apenas si se tenía derecho y con su mano libre se apoyaba en la cabeza de Tomás. El cantor se detuvo y todas las miradas se volvían hacia Ejoff.

—¡Trabajadores! Permitidme dirigiros algunas palabras... del fondo del corazón... Me siento feliz entre vosotros. ¡Me siento libre!... Es porque sois hombres de trabajo, hombres cuyos derechos á la felicidad son incontestables, aunque desconocidos...

En vuestro sano y noble seno de gente honrada, el alma ulcerada de un pobre hombre, que la vida ha destrozado, se siente libre y sin trabas.

La voz de Ejoff vibró y fué sacudida de temblor.

Tomás sintió que una gota caliente le caía en la mano. Levantó los ojos hacia Ejoff, quien, con el rostro convulso continuaba su discurso, temblando como una hoja.

—No soy sólo... somos legión, á quienes un destino madrastra ha inhumanamente perseguido, maltratado, aprisionado. Somos más desgraciados que vosotros, porque no tenemos ni vuestra fuerza moral ni vuestra resistencia física; pero mas fuertes que vosotros tambien porque estamos armados de todos los conocimientos que podemos utilizar... Nos consideramos dichosos procurándoos vuestra ayuda para facilitaros la vida... ¡Qué otra cosa podemos hacer!... Sin vosotros, nos vemos privados del suelo y vosotros sin nosotros de la luz. ¡Camaradas! el destino nos ha creado para completarnos los unos á los otros...

«¿Qué querrá de ellos?» se preguntaba Tomás indignado.

Examinó los rostros de los tipógrafos y vió que todos expresaban la fatiga, la perplejidad ó el aburrimiento.

—El porvenir es nuestro... ¡amigos míos! prosiguió Ejoff, moviendo la cabeza con tristeza como si hubiese tenido este porvenir y sufrido de cederle á aquellas gentes. El porvenir pertenece á los hombres laboriosos y probos... ¡Tenéis una gran obra que llevar á cabo! de vosotros es el crear una civilización... ¡de libertad, de vida y de luz! Y yo que soy de los vuestros, en cuerpo y alma, yo hijo de soldado os llevo este brindis: bebamos por vuestro porvenir ¡Hurra!

Ejoff vació su vaso y se sentó pesadamente en tierra. Los obreros exhalaban varios hurras, con entusiasmo, y en el aire subía un largo grito que hizo temblar el follaje de los árboles.

—¡Ahora la canción! propuso de nuevo el muchacho regordete.

—¡Empezaremos! aprobaron dos ó tres veces.

Y una viva disputa se entabló á causa de la elección de la canción. Ejoff escuchaba volviendo la cabeza á derecha é izquierda, examinando todos los rostros.

—¡Amigos míos! exclamó de repente. Respondedme... respondedme algunas palabras á los deseos que he formulado por vosotros!

Un nuevo silencio aunque menos completo se restableció entre los obreros. Algunos le miraban con curiosidad, otros reprimían una sonrisa, otros estaban visiblemente descontentos. Se levantó y empezó á hablar muy excitado:

—Estamos dos aquí... que la vida ha rechazado... soy yo y aquel hombre. Tenemos los dos las mismas aspiraciones... queríamos tener la fortuna de sentirnos útiles á la humanidad... ¡Camaradas! Este gran bestia...

—Nicolás Matveitch, no debe V. injuriar á nuestro huésped, dijo una voz gruesa irritada.

—Sí, es enteramente inútil,—afirmó el muchacho regordete que había invitado á Tomás á unirse á ellos. ¿Para qué palabras que hieran?

Una tercera voz articuló claramente:

—Nos hemos reunido para divertirnos, para descansar...

—¡Tontos! articuló débilmente Ejoff, ¡buenos tontos estáis! ¿Tenéis lástima de él? ¿Pero sabéis siquiera quién es? ¡Es uno de los que chupan vuestra sangre!

—¡Basta, Nicolás Matveitch! exclamaron en coro:

Y se pusieron á hablar todos á la vez, sin preocuparse más de Ejoff. Su aspecto dió tanta pena á Tomás, que ni siquiera pensó en ofenderse por sus palabras. Vela que todos aquellos individuos que habían tan calmadamente tomado su partido contra Ejoff, se habían unido y no le concedían ni la más mínima atención. Comprendía que si el periodista se apercibía de ello, sufriría horriblemente. Para distraer á su amigo y evitarle aquella humillación, le tocó con el codo y le dijo con una sonrisa:

—¡Eh! gruñón... ¿bebemos? A menos que prefieras la retirada!

—Retirar... ¿Dónde está la casa de aquel que carece de puesto entre los hombres? preguntó Ejoff. Y exclamó de nuevo:

—¡Camaradas!

Su llamada confundióse en la conversación general y no tuvo eco. Bajó la cabeza y dijo á Tomás:

—¡Vámonos!

—Vamos... A pesar de que hubiera quedado de buena gana. Es curiosísimo... Se portan muy bien esta gente... te lo juro...

—Yo no puedo mas... me ahogo... tengo frío...

Tomás se levantó, se quitó la gorra y saludó á los obreros con voz alegre y fuerte:

—Muchas gracias, señores, por vuestra buena acogida. ¡Adiós!

Se le rodeó, se trató de contenerle y voces persuasivas decían:

—¡Esperad! ¿Dónde vais? Habríamos cantado juntos, ¿eh?

—Imposible, me veo precisado á dejaros... mi camarada está solo... no puedo abandonarle... debo acompañarle. ¡Divertirse!

—¡Bah! Bien podiais guardaros un poco, exclamó el muchacho grueso.

Y murmuró quedo:

—El puede acompañarse... solo...

Otro añadió en el mismo tono:

—Quedaos... vamos á acompañarle hasta la ciudad. Tomará un coche y concluido.

Tomás tenía grandes deseos de quedarse, pero se veía comprometido.

Ejoff se había levantado, se agarraba á su manga y balbuceaba:

—Vámonos .. ¡que se los lleve el demonio!

—Hasta la vista, señores. Me voy, dijo Tomás. Y se alejó.

—¡Ja, ja, ja! exclamaba Ejoff, andando; manifiestan sentimiento, pero en el fondo están encantados de verme partir... Les molestaba, les impedía transformarse en brutos...

—Verdaderamente, tú les molestabas, replicó Tomás. Pero ¿á qué tanto discurso? Esta gente se ha reunido para divertirse un rato... ¿Qué es lo que pretendías?... Los aburrías...

—¡Cállate! ¡No sabes nada! le gritó Ejoff. ¡Te imaginas que estoy borracho! Mi cuerpo quizás esté ebrio, pero mi alma está lúcida y puede comprenderlo todo... ¡Oh, qué odiosa es la vida! ¡Qué de fealdades, de miserias, de atrocidades se encuentran! ¡Y la humanidad. . esta estúpida y lamentable humanidad!...

Ejoff se detuvo. Se cogió la cabeza con las manos y permaneció así durante varios segundos.

—Sí, articuló lentamente Tomás, los hombres difieren unos de otros... Esos, por ejemplo... Son cortesanos... Diríase hombres de mundo... Tienen razonamientos llenos de sentido... ideas... Y no son, sin embargo, más que obreros.

Una canción cantada en coro llegó hasta ellos en este momento. Las voces, primero inciertas, se afirmaron más y más y formaron pronto un conjunto armonioso que se extendió como una onda amplia

y llena en el aire fresco de la noche por encima de la soledad y de la paz de los campos.

—¡Oh, Dios mío! dijo dulcemente Ejoff con un doloroso suspiro. ¿Cómo vivir? El alma tiene necesidad de alimento... ¿Cómo satisfacer sus necesidades de amistad, de fraternidad, de amor, de trabajo puro y santo?...

—Esas gentes sencillas, prosiguió Tomás en su idea sin escuchar las palabras de su camarada, cuando se les ve de cerca, están bien, verdaderamente; pero muy bien... Es curioso... campesinos... obreros... tomados individualmente... son bestias en suma. Sufren, soplan...

—Llevan nuestra vida en sus hombros, exclamó Ejoff mohino. La sobrellevan, como caballos, resignados y estúpidos... y esta resignación es la que constituye precisamente nuestra desgracia...

Tomás daba vueltas á su idea y continuaba:

—Trabajan, se fatigan toda su vida diciendo tonterías... Después, de repente, sacan á relucir una idea, como no se encontraría en un siglo de reflexión... Lo que prueba que sienten algo... ¡Hum! ¡ya lo creo, son bien curiosos! ..

Ejoff andaba tambaleándose y silencioso. De pronto se puso á hablar con voz cavernosa, vacilante, que parecía salir del fondo de sus entrañas. Recitaba versos acompañando sus palabras de gestos en el vacío:

La vida cruel me ha traicionado, me ha engañado.
He sufrido los ultrajes y bebido la copa amarga...

—Amigo mío, estos son versos de mi composición, dijo deteniéndose é inclinando tristemente la cabeza. Veamos cómo sigue. Ya he olvidado. . Era

cuestión de ilusiones, de deseos puros y santos... pero todo ha sido ahogado en mi alma por esta vida de miseria... ¡Ah!...

¡Las ilusiones muertas
no renacerán jamás!...

—¡Amigo!... tú eres más dichoso que yo, porque tú eres bestia. Mientras que yo...

—¡Ea, basta! dijo Tomás impacientado. Mira, escucha su canción...

—No quiero oír canciones de nadie, replicó Ejóff moviendo la cabeza. Tengo la mía... la canción de un alma, que la vida ha destrozado...

Exhaló un grito salvaje:

¡Las ilusiones muertas
no renacerán jamás!...
¡Son innumerables!...

—Había cultivado con amor un parterre de brillantes y bellas esperanzas y de sueños... Todo está ajado.... La muerte ha entrado en mi corazón... Los cadáveres de mis ilusiones acaban de podrirse en él. ¡Oh! ¡oh!

Ejóff se puso á llorar, sollozando como una mujer. Tomás le compadecía, pero se sentía enervado. Le sacudió por el hombro impaciente y dijo:

—Concluye, pues. Ven... ¡Qué débil eres!... ¡Amigo mío!...

Ejóff se irguió y continuó con voz salvaje y plañidera su melopea:

¡Son innumerables!
¡La tumba no puede contenerlas!
Yo las he revestido con sudarios de rimas
y las he mecido con mis canciones
dolorosas y tristes...

—¡Oh! ¡Señor! exclamó Tomás desesperado. Basta ya, te digo... en el nombre del cielo. Es espantoso, palabra...

El coro se oía aún... Alguien acompañaba chillando, y aquel chillido penetrante se adelantaba á la onda profunda de las voces.

Tomás miró en dirección de donde provenía el canto. Se veía siempre el bosque que se elevaba como una alta muralla negra y el fuego que llamaba alegremente, iluminando las formas humanas que se agitaban. La masa profunda de los árboles parecía un ancho pecho que la llama sangrienta de la hoguera agujereaba cual una enorme herida. La sombra espesa agrupada alrededor de esa mancha de luz hacía resaltar con nitidez las siluetas de los hombres que se movían alrededor de la hoguera, iluminados y como mezclados en el resplandor rojo de las llamas. Parecían todos pequeños, parecidos á niños, y se agitaban levantando los brazos y lanzando en el espacio su canto vigoroso.

Ejóff, de pie al lado de Tomás, le decía, alterado:

—¡Tú eres un bruto insensible! ¿Por qué me rechazas? Debes escuchar la queja de un alma agonizante... y llorar... pues está herida y se muere. ¡Pero vetel! ¡Aléjate de mí! ¿Crees que estoy ebrio? Estoy envenenado... ¡vetel!

Tomás se alejó algunos pasos sin dejar de mirar el bosque y el fuego que formaban un cuadro con-

movedor en la obscuridad que los rodeaba. Dijo dulcemente:

—No seas tonto... ¿por qué gritas?

—Quiero quedarme solo... y concluir mi canción...

Y dió algunos pasos tambaleándose y vociferó con voz desgarradora:

He cantado y ya no quiero violar
su reposo eterno.

¡Señor! tened lástima de mi alma;
está herida mortalmente...

¡Señor! acordadle la paz...

Aquellos aullidos llenaron de espanto el alma de Tomás. Corrió á su camarada, pero antes de que llegase á él, Ejjoff exhaló un grito estridente y cayó pesadamente á tierra, con los brazos en cruz. Sollozaba y exhalaba quejas, y después lloró en silencio como un niño.

—¡Nicolás! decía Tomás, cogiéndole por los hombros; vamos, anda... ¿qué significa esto? ¡Dios mío!... ¡Nicolás! Basta... ¿No te da vergüenza?

Pero Ejjoff no experimentaba ninguna vergüenza. Se escabullía como un pescado que acaba de sacarse del agua, y desde que Tomás pudo ponerle en pie, se le pegó abrazándose á él y apretándose contra su pecho siempre llorando.

—¡Vaya, vaya! gruñía Tomás entre dientes. Cálmate, amigo mío...

Lleno de lástima y compasión por aquel hombre que la vida hollaba tan despiadadamente, con el alma llena de hiel y de rabia, Tomás se volvió hacia la ciudad, brillante de luz, y gritó con voz fuerte y llena:

—¡Anatema! ¡Malditos seáis! Paciencia... Vuestras tornas llegaron. ¡Malditos seáis!

XI

¡Liubovka! dijo un día Maiakin volviendo de la Bolsa, prepárate esta noche á recibir un pretendiente. Haznos una buena cena... Pon en la mesa la vajilla de familia... los vasos para las frutas... Es necesario que nuestro servicio salte á la vista... Quiero que se sepa que aquí no tenemos sino objetos de valor.

Liubovka repasaba los calcetines de su padre sentada cerca de la ventana, la cabeza inclinada sobre el trabajo.

—¿Para qué tantas historias, papá? preguntó con voz descontenta.

—Es la salsa... obligatoria... Es la costumbre también... una hija no es como un caballo, no se deshace uno de ella sin haberla antes adornado...

Liubov roja levantó la cabeza vivamente; puso á un lado su trabajo y miró á su padre... después volvió á coger los calcetines y se puso á trabajar con ardor. El viejo se paseaba en la estancia, tirándose de los pelos de la barba; su mirada era dirigida sobre algo invisible y lejano y toda su actitud

denunciaba una grave preocupación. La joven comprendió que no estaría dispuesto á escucharle y que no comprendería toda la humillación que le inflingiera. Sus sueños románticos de un marido instruido, que hubiese sido su compañero, con el cual hubiese podido continuar sus lecturas elevadas, fuente de claridad para sus pensamientos y sus deseos, eran ahogados por la voluntad implacable de su padre que le imponía este casamiento con Smolín. Una amargura y una gran tristeza invadieron su corazón.

Se había habituado á considerarse superior á las jóvenes de su medio, hijas de comerciantes, frívolas y tontas, preocupadas únicamente de sus tocados, que se casaban por razón y no por amor.

Y he ahí que le llegaba su turno, iba á casarse porque era tiempo y su padre buscaba un yerno y un heredero. Y aquel padre se decía que ella era insuficiente para atraer la atención de un hombre y que á más hacía falta el atractivo de la vajilla de familia.

Alterada, trabajaba nerviosamente, se pinchaba los dedos, rompía las agujas, pero se callaba, sabiendo por experiencia que el corazón de su padre permanecía sordo á todas sus palabras.

El viejo continuaba su paseo á través del cuarto, ya canturreando salmos, ya morigerando la conducta que ella debía seguir con Smolín. Hacía al mismo tiempo cálculos con los dedos, sonreía, ó fruncía las cejas...

—¡Hum!... así es! Juzgadme Señor y preservarme de todo hombre pillo y falso... Sí... Pónte las esmeraldas de tu madre, Liobov.

—¡Basta, papá! exclamó la joven desesperada. Dejad eso...

—No repliques... trata más bien de escuchar los consejos que se te dan...

Se abismó de nuevo en sus cálculos, cerrando á medias los ojos y moviendo los dedos.

—Treinta y cinco por ciento... ¡hum!... Este muchacho es un bribón... ¡Consérvanos, Señor, la luz y la verdad.

—¿Papá? interrumpió Liobov con voz temerosa y abatida.

—¿Eh?

—¿Os agrada... quizás?

—¿Quién?

—Smolín.

—¿Smolín? Si es un pillo, un muchacho serio... un excelente comerciante. ¡Y con estas, me voy! ¡Vamos! está sobre aviso...

Una vez sola, Liubov abandonó su trabajo y se apoyó en el respaldo de la silla, cerrados los ojos. Había puesto sus manos en sus rodillas y apretaba con tal fuerza una contra otra que hacía crujir los huesos. Cruelmente humillada en su amor propio y aterrizada ante un porvenir desconocido, dirigía mentalmente á Dios esta plegaria:

—¡Dios mío! ¡Si pudiese ser un hombre bien educado! ¡Haz, Dios mío, que sea un hombre de corazón! ¡un hombre de bien! ¡Oh! ¡Dios mío! Un hombre cualquiera viene, mira... y te coge para largos años... si le agradas! ¡Qué vergüenza! ¡Qué horror! ¡Dios mío! ¡Dios mío! Si pudiese huir... ¡Si encontrase á alguien que me aconsejara! ¿Qué hacer? ¿Quién es él? ¿Cómo hacer para conocerle? ¡No puedo nada! ¡Y sin embargo, cuánto he meditado! He leído... ¿de qué me sirven las lecturas? Y para qué el saber que hay otro medio... puesto que no puedo... Quizás si no hubiese leído tanto... la vida me sería más fácil... ¡Qué suplicio!... ¡Qué desgraciada soy!... miserable! ¡sola!... ¡Si al menos estuviese Taras!..»

El recuerdo de Taras, avivó su tristeza y aumen-

tó la lástima que le inspiraba ella misma. Había escrito á Taras una larga carta, exaltada, llena de cariño y de esperanzas que en él ponía. Suplicaba á Taras viniese en seguida á ver á su padre. Formaba planes para su vida común, afirmaba á Taras que su padre era de una inteligencia superior y era capaz de comprenderlo todo, y todo asimilarlo. Le contaba la tristeza de su soledad, admiraba la vitalidad sorprendente del viejo y se quejaba al mismo tiempo del modo con que la trataba.

Durante quince días, esperó temblando la respuesta tan deseada y cuando por fin llegó ésta y Liobov la hubo devorado, anegóse en lágrimas, lágrimas de alegría y de decepción. La respuesta era corta y seca. Taras decía que dentro de un mes vendría para negocios en el Volga y que no dejaría de visitar á su padre si en realidad el viejo no veía inconveniente en ello.

Aquella carta era glacial. La leyó varias veces, y llorando la estrujó; ¡no podía hacerla más afectuosa! El papel amarillento cubierto de una escritura firme y gruesa que tenía entre sus dedos, evocaba en su imaginación un rostro arrugado, huesoso, sombrío, mirada sospechosa, el retrato de su padre.

Contraria fué la impresión que esta carta produjo á Jacob Tarasovitch... Sabiendo que su hijo había escrito, el anciano se emocionó, se animó y dijo á su hija con una sonrisa peculiar:

—¡Vamos dámela! Déjame ver... Qué se pueda juzgar lo que escribe la gente de talento... ¿Dónde están mis gafas?... ¡Hum!... «¡Mi querida hermana!» Sí...

El viejo se calló; leyó la carta de su hijo y la puso sobre la mesa. Sus cejas se elevaron y dió algunos pasos á través del cuarto, abismado en sus meditaciones. Después releyó la carta; dió con los dedos en la mesa, tecleando y declaró:

—Esta bien... es una carta sensata... no tiene nada de más... Pues bien, este muchacho se ha corregido quizás en las regiones polares... Los fríos allá son terribles... Que venga... Siento curiosidad por verle... Sí... Hay también el los salmos de David, sobre los misterios del hijo, un versículo muy justo, pero no lo recuerdo de memoria... En fin, conversaremos despacio.

El viejo ensayaba hablar con calma y una sonrisa desdeñosa erraba en sus labios; pero sus arrugas temblaban y sus ojos resplandecían con brillo particularmente vivo.

—Escríbele otra vez Liobov; dile que venga... ¡qué se venga resueltamente!

Liobov había escrito una segunda carta á Taras, pero aquella vez una carta tranquila y reposada, y esperaba la respuesta de un día á otro, esforzándose por representarse este hermano misterioso. Siempre había soñado con él, lleno el corazón de ese piadoso respeto que los creyentes sienten por los santos y los ascetas. Ahora, veía su posición, adquirida á precio de sufrimientos, de su juventud perdida en un destierro alejado, obtenía el derecho de juzgar á los hombres y la vida... Va á venir y le preguntará:

—«¿Te casas libremente y por amor?»

¿Qué le responderá ella? ¿Le perdonará su cobardía? ¿Por qué se casa? ¿Ha hecho realmente todo lo que estaba en su poder para cambiar el curso de su vida?

Pensamientos melancólicos surgían uno á uno en el cerebro sobreexcitado de la joven, atormentándola y turbándola en su impotencia de oponerles una voluntad firme, un deseo bien definido.

En este estado nervioso, vecino de la desesperación costándole trabajo retener las lágrimas, hizo maquinal, pero estrictamente, lo que su padre le

ordenara. Dispuso la mesa, colocó la vajilla antigua y cristales preciosos, vistióse una bata de seda gris y colgó de sus orejas enormes esmeraldas, alhajas de familia de los príncipes Grusinski, en manos de su padre, á título de garantía, con otras numerosas curiosidades. Al mismo tiempo que se miraba en el espejo, vió que sus labios carnosos parecían más rojos aún ante la palidez de su rostro alterado por la emoción. Su busto, de formas repletas, ondeado por la seda gris le daba cierto aire majestuoso que le surgería la idea de ser digna de atraer la atención de un hombre.

Pero el brillo de las piedras verdes, suspendidas de sus orejas, la hirió como un adorno supérfluo y le pareció que su reflejo esparcía un tinte amarillento en sus mejillas. Las retiró y las reemplazó por rubís pequeñitos, sin cesar de pensar en Smolín. Se preguntaba: «¿Qué hombre es este? ¿Cuál es su carácter? ¿Cuáles son sus aspiraciones? ¿Es amante de las letras?»

Notó que tenía ojeras negras alrededor de los ojos y se puso á cubrirlos de polvos, diciéndose que era una desgracia ser mujer, y dirigiéndose amargos reproches por su debilidad de carácter. Cuando el color obscuro hubo desaparecido bajo la capa de blanco de polvos de arroz, Liubov vió que sus ojos perdían su brillo y quitóse los polvos... Una última ojeada en el espejo le dejó la agradable impresión de una bella persona. Este sentimiento la calmó y entró en la sala comedor con el paso seguro de una rica heredera que conoce lo que vale.

Su padre y Smolín estaban ya allí.

Liubov se detuvo en el dintel, los ojos ligeramente cerrados y los labios apretados. Smolín se levantó, avanzó hacia ella y se inclinó respetuosamente. Apreció la cortesía de este saludo y el corte elegante de la levita que oprimía sin hacer una

arruga la ligera cintura de Smolín... Había cambiado poco, seguía tan rojo, los cabellos cortados al rape, el rostro cubierto de manchas escarlatas; pero al presente tenía un hermoso bigote sedoso y largo y sus ojos parecían más grandes.

—¿Qué tal te parece, ¿eh? dijo Maiakín á su hija presentándoselo.

Smolín estrechó la mano que ella le tendía y dijo sonriendo:

—¿Oso esperar que no habréis olvidado completamente á un antiguo camarada?

—¡Está bien! Hablaréis más tarde, dijo el viejo, tratando de adivinar el pensamiento de su hija. Concluye de arreglarlo todo, Liubov, mientras que nosotros terminamos nuestra conversació. ¡Vamos! Africán Mitrich, expílicate...

—¿Dispensad, Liubov Jacovlevna? preguntó amigablemente Smolín.

—Continúa, te lo suplico, dijo Liubov.

«Cortes y listo,» se dijo ella.

Y yendo y viniendo del aparador á la mesa, escuchaba con atención las palabras de Smolín. Hablaba seguramente, con seguridad, tratando ponerse al nivel de su interlocutor.

—He estudiado cerca de cinco años la situación de los cueros rusos en los mercados extranjeros. ¡Mala y triste situación! Hace treinta años, nuestro cuero era considerado como inmejorable, mientras que hay los pedidos bajan y los precios también, por supuesto. Además, es natural, pues todos estos pequeños productores, á quienes falta capital y conocimientos técnicos, son incapaces de levantar su industria, bajando los precios. Su cuero es detestable y ridículamente caro. Todos positivamente son culpables ante la Rusia, pues han perdido la reputación que este país se había adquirido como productor de los mejores cueros. Por regla general, el

fabricante al detalle sin conocimientos especiales y sin médicos, colocado por consiguiente en la imposibilidad absoluta de mejorar su industria y de ponerla al nivel del progreso técnico realizado, es la desgracia de un país, la ruina del comercio... una planta parásita...

—¡Hum! gruñó el viejo, que con un ojo seguía todos los movimientos de su hija y con el otro miraba á su invitado. Entonces, su intención hoy es crear una fábrica gigantesca que será para los demás, el feretro y la tapadera.

—¡Oh! no, exclamó Smolín con gesto negativo. ¿Para qué hacer daño á los demás? ¿Con qué derecho? mi proyecto es levantar la reputación y el precio de los cueros rusos en el extranjero, y armado de conocimientos especiales y profundos del asunto, quero montar una máquina modelo y no vender sino géneros perfectos. El honor comercial del país...

—¿Qué capital piensas consagrar á ello? preguntó el viejo pensativo.

—Trescientos mil rublos aproximadamente...

«Mi padre no me dará semejante dote», pensó Liubov.

—Mi fábrica pondrá en venta cueros, bajo forma de maletas, de calzado, de correas, de arneses, etc., etc.

—¿Y qué interés imaginas sacar tú del dinero?

—No me imagino nada, calculo con toda la precisión necesaria y posible en nuestro país, dijo Smolín reposadamente. El industrial debe estar lleno de sangre fría como el mecánico que crea una máquina. Puedo daros una nota que he redactado, según mis estudios personales, sobre la cría del ganado y el consumo de la carne en Rusia...

—¡Hombre! dijo sonriendo Maiakín. Tráeme esa nota, ¡es curioso! Veo que no has perdido el tiempo

en tus viajes á través de la Europa occidental. Ahora, según costumbre rusa, comamos algo.

—¿Qué tal va, Liubov? preguntó Smolín cogiendo su cuchillo y su tenedor.

—Lleva una existencia bien triste, se apresuró á responder Maiakín. Es mi ama de llaves; toda la casa está á su cargo... no le queda tiempo para diversiones...

—Ni la ocasión, hay que añadir, dijo Liubov. Las reuniones y los bailes de los comerciantes no me gustan ni chispa...

—¿Y el teatro? preguntó Smolín.

—Voy muy raramente. No tengo á nadie que me acompañe.

—¡El teatro! exclamó el viejo. Dí, ¿por qué la absurda costumbre de representar al comerciante como un imbécil y un salvaje? Es muy raro, pero incomprendible porque no es cierto. ¿Soy un imbécil yo, que soy el amo en todo, así en el ayuntamiento como en el comercio y así mismo del teatro que por cierto es mío? Veo al comerciante en escena y no es conforme con la realidad. Es cierto que piezas como: *La vida por el Czar* con canto y danza ó bien: *Hamlet* ó aun *la Maga Basilisa*, no tienen necesidad de ser verdaderas, puesto que es el pasado que no nos importa... Que sea verdad ó mentira poco importa siempre que esté bien! Pero si es una pieza de actualidad, la mentira es prohibida. Se debe representar al hombre tal cual es...

Smolín escuchaba al viejo, con sonrisa cortés en los labios y echaba miradas á Liubov á hurtadillas como si la azuzase á replicar.

—Sin embargo es menester convenir, papá, que la mayor parte de nuestros comerciantes son gente sin educación, salvajes...

—Sí, apoyó Smolín con sentimiento, es una verdad triste.

—Tomás por ejemplo... prosiguió la joven.

—¡Oh! exclamó Maiakin, sois jóvenes, á vosotros la palabra...

—¿No pertenecéis á ninguna sociedad? preguntó Smolín á Liubov. Aquí hay varias...

—Verdaderamente suspiró Liubov, vivo alejada de todo...

—¡Los cuidados de la casa! dijo el padre. Ved qué cantidad de porcelanas tenemos... todo debe estar en orden, cuidadosamente puesto.

Echó una mirada satisfecha á la mesa resplandeciente de cristales y de argentería á las vitrinas llenas de objetos preciosos y que parecían á un escaparate de almacén. Smolín examinó también todo lo que le rodeaba y una sonrisa irónica plegó sus labios. Después trasladó su mirada á Liubov con expresión amigable y compasiva. Un ligero rubor se extendió por sus mejillas y se dijo con tímida alegría: «¡Gracias Dios mío!

Le pareció que la luz de la gran lámpara de bronce proyectaba un brillo más vivo: el cuarto apareció más claro y en las facetas de los cristales la luz bailó alegremente.

—Me gusta nuestra buena vieja ciudad, decía Smolín, sonriendo amigablemente á la joven, es tan hermosa... tan animada, se respira un aire reconfortante vivificador, que predispone al trabajo... Su situación pintoresca contribuye á ello... Se desea vivir una vida amplia y sana... trabajar mucho y seriamente... Sin contar que es un centro intelectual... Miren qué periódico más excelente se publica ahora. A propósito, queremos comprarlo...

—¿Quién, nosotros? preguntó Maiakin.

—Yo, y Urvantzeff Tchuzine...

—¡Está muy bien! exclamó el viejo dando un golpe sobre la mesa. ¡Perfectamente! ¡Tiempo es de taparles la boca! ¡ya lo creo que es tiempo! Sobre

todo á ese pillo de Ejoff.. A ese debéis rematarle y seriamente.

Smolín echó aun una mirada sonriente á Liubov cuyo corazón palpitó de nuevo. Muy ruborizada se volvió hacia su padre, dirigiéndose en realidad al joven.

— Tanto como me es posible juzgar á Africán Dmitrievitch afirmo que no tiene de ningún modo la intención de rematar, como decís...

—¿Pero para qué sirve un periódico, preguntó el viejo alzándose de hombros. Palabras en el aire y agitación, movimiento estéril... Es cierto que si gente sería lo dirigiese, si el traficante mismo se pusiese á escribir...

—La publicación de un periódico, interrumpió Smolín con tono doctoral, examinada bajo el punto de vista comercial, puede ser un buen negocio. Pero el periódico tiene también otro fin, más importante: la defensa de los derechos del ciudadano y de los intereses industriales y comerciales...

—Es precisamente lo que yo digo: si el traficante lo dirigiese el mismo, el periódico sería útil.

—Permítame papá dijo Liuba.

Experimentaba el deseo de expresar sus ideas ante Smolín. Quería hacerle comprender que sentía el valor de sus palabras, que no era la vulgar hija del traficante, frívola, ocupada de trapos y de danzas. Smolín le agradaba. Encontraba por primera vez un traficante que había vivido largo tiempo en el extranjero, que razonaba bien, vestía elegante y que tomaba con Maiakin, la cabeza más fuerte de la ciudad, aquel tono de condescendencia que tienen las personas mayores cuando se dirigen á los niños.

«Después del casamiento le pediré me lleve al extranjero», pensó de repente; y esta idea la alteró de tal punto que perdió el hilo de sus pensamientos

y no supo lo que quería decir á su padre. Se calló durante algunos segundos, y, toda confusa, se decía que su silencio iba á ser desfavorablemente interpretado por Smolín.

—Olvida dar vino á nuestro huésped, papá, concluyó por decir.

—Es asunto tuyo, eres tu la dueña de la casa, replicó el viejo.

—No se molesten, exclamó vivamente Smolín. No tomo nunca nada.

—¡Vamos! bromeó Maiakín.

—¡Os lo aseguro! Un vasito ó dos por casualidad, si me encuentro indispuerto; pero no comprendo como se puede beber vino por placer. Existen tantas distracciones diferentes para un hombre civilizado...

—Las mujeres, ¿eh? dijo el viejo, guiñando el ojo de un modo significativo.

Las mejillas y el cuello de Smolín se enrojecieron sobre la oleada de sangre que afluyó, y miró á Liubov pareciendo pedirle perdón.

—El teatro, los libros, la música, replicó secamente.

Liubov se puso radiante á estas palabras mientras que el viejo deslizaba hacia el joven virtuoso una mirada baja y decía con sonrisa sardónica:

—¡Eh! ¡la vida nos ha dejado otras! ¡Antes los perros se contentaban con una corteza; hoy la crema no les parece bastante buena! Dispensad la vulgaridad del proverbio; no es para vosotros especialmente, es una observación general y es verdaderamente circunstancial.

Liubov palideció, y avergonzada, miró á Smolín.

Este examinaba con calma imperturbable un salero esmaltado, de forma antigua, retorció su bigote y parecía no haber oído las palabras del viejo... Sus ojos sólo se habían oscurecido y sus labios

apretados acentuaban el dibujo firme de su barba.

—De modo, señor gran industrial, repuso Maiakín, como si no fuese nada, con trescientos mil rublos vuestro negocio marchará á las mil maravillas?

—Y en dieciocho meses, podré soltar el cargamento de géneros que se venderá como pasteles, añadió Smolín con una convicción inquebrantable, sus ojos fríos, fijos en los del viejo.

—Entonces, razón social: Smolín y Maiakín y ¿nada más? ¡Bueno!... solo que... no es demasiado tarde á mi edad emprender un nuevo negocio? Creo que mi ataúd me espera desde hace tiempo... que dices tu eso?

Smolín por toda respuesta, soltó una carcajada sonora, pero indiferente y concluyó:

—¡Qué broma!

El viejo tembló oyendo esta risa y tuvo un movimiento hacia atrás involuntario. Los tres permanecieron en silencio durante algunos instantes.

—Sí, dijo Maiakín sin levantar su cabeza caída sobre el pecho. Es menester pensar, reflexionar...

Después levantó la cabeza, posó en su hija y en su futuro yerno una mirada profunda y dejando su asiento, dijo brutalmente:

—Voy á mi escritorio un momento... No os aburriréis, espero.

Y salió, arrastrando los pies, encorvada la espalda y la cabeza baja...

Solos, los jóvenes cambiaron algunas frases banales, despues se callaron, sintiendo que aquellas palabras los alejaban uno de otro. Se estableció un silencio molesto y pesado. Liubov cogió una naranja y se puso á pelarla con una atención exagerada.

Smolín bajó los ojos para mirarse el bigote y lo acarició con su mano siniestra. Después se puso á jugar con el cuchillo y dijo en voz muy baja:

—¡Soy muy indiscreto, escusadme! pero primero que vuestra existencia es muy penosa. Liubov... al lado de vuestro padre... pertenece á otro tiempo... y me parece muy severo...

Liubov tembló y levantó sus ojos reconocidos ha-Smolín.

—No tiene muy buen carácter, es verdad, pero ya estoy acostumbrada... Tiene sus cualidades...

—¡Oh! ¡es incontestable! Pero sois tan joven, tan bella, tan instruida, con vuestras ideas!... pues he oído hablar mucho de vos...

¡Su sonrisa era tan buena, tan compasiva, su voz se hacia tan tierna!... Un soplo tibio pasó en el aire y calentó sus corazones. La joven sintió germinar en el fondo de su alma, la esperanza tímida de la dicha y de la próxima libertad...

XII

Al día siguiente, por la mañana, Tomás, de vuelta de su viaje al Volga, se encontraba en el cuartito de Ejóff. Sentado ante la mesa llena de periódicos. Ejóff le contaba lo que había ocurrido en la ciudad durante su ausencia:

—La elección de los comerciantes ha empezado: quieren nombrar alcalde á tu padrino ¡el viejo diablo! Como Satanás, es inmortal... tiene más de cien- to cincuenta años. Da su hija á Smolín... ¿lo recuer-

das? ¡aquel de pelo rojo! Se preocupan mucho de él... ¡pero en los tiempos que corremos, se alaba á un hombre, cuando es un pillo redomado, puesto que ya no existen hombres! Africán es hoy un hombre culto; ha penetrado en la sociedad intelectual, ha hecho donaciones y á fe mía se ha creado una bella situación... En cuanto á mí, le tengo por un perfecto granuja; pero irá lejos, pues tiene el sentimiento del cálculo... Si, amigo mío, Africán es un liberal... y un comerciante liberal es una mezcla de lobo y de cerdo, entreverado de sapo y vípera...

—¡Bah! ¡me río de eso! dijo Tomás con indiferencia. ¿Qué me importa? Y tú ¿sigues bebiendo?

—Yo lo creo; ¿por qué no?

A medio vestir, despeinado, Ejóff se parecía á un pájaro desplumado que sale del combate y aun no ha vuelto en sí.

—Bebo porque me hace falta de cuando en cuando apagar los ardores de mi corazón ulcerado. Y tú, leño húmedo, ¿te consumes aún poco á poco?

—¡Debo ir á casa del viejo! dijo Tomás con una mueca.

—¡Ten valor!

—No tengo grandes deseos de ir... Va á empezar sus sermones...

—Entonces no vayas...

—¡Es preciso!

—Entonces ve.

—¡Déjate de chanzas! dijo Tomás descontento. Cualquiera diría que realmente estás muy alegre...

—¡Y te juro que es así! exclamó Ejóff saltando de la mesa al suelo. ¡Qué repaso le he dado ayer en el periódico á cierto individuo! Y además he oído una historia muy instructiva: Algunas personas reunidas al borde del mar hablan de filosofía á propósito de la vida. Entre ellos un israelita dice: «Señores, ¿para qué tantas palabras inútiles? Voy

á decirnos todo esto en dos palabras: nuestra vida no vale los dos sueldos que podríamos echar al agua..

—Vamos, ¡déjame en paz! Adiós... me voy.

—¡Te marchas! Hoy me hallo en los tonos mayores y no puedo gemir contigo... tanto más cuanto que tú no gimes... gruñes...

Tomás dejó á Ejoff, que cantaba á grito pelado: «Los tambores baten la carga..»

—«¡Tambores! ¡Buen tambor eres tú!» pensó Tomás irritado, atravesando lentamente la calle.

Liuba le recibía en casa de los Maiakín. Conmovida y muy animada, vino á su encuentro y dijo vivamente:

—¡Tú! ¡Dios mío, qué palido estás!... y delgado...

—¡Debes llevar una linda vida!

Después su rostro reveló viva ansiedad.

—¡Ah, Tomás! ¡En verdad, tú no lo sabes! ¿oyes? Llaman... quizás sea él...

Y la joven se lanzó fuera de la habitación, con un crujir de sedas delicioso, dejando á Tomás absorto y no dándole tiempo siquiera para preguntarle por Maiakín.

En aquel momento presentóse Jacob Tarasovitch. Venía vestido de levita muy larga y cubierto de condecoraciones; se detuvo en el umbral, apoyadas ambas manos en el montante de la puerta. Sus ojos verdes examinaban á Tomás que sintiendo como el peso de aquella mirada, concluyó por levantar la cabeza...

—¡Buenos días, hermoso caballero! dijo el viejo moviendo la cabeza con aire burlón. ¿De donde viene? ¿Quién le ha reducido á ese estado de delgadez? ¡Hay de mí! la trucha busca el remanso y Tomás el cieno, el mal...

—¿No tiene V. otras palabras para mí? replicó Tomás, sombrío, fijando sus ojos en los del viejo.

A estas palabras, el rostro de Jacob cambió de color, sus piernas flaquearon; un violento temblor le sacudió y se agarró á la puerta. Tomás hizo un movimiento para prestarle auxilio, creyendo que se ponía malo. Pero el viejo le detuvo con el gesto y con voz sorda que dejaba entrever su furor:

—Vete, le dijo.

Y su rostro recobró la expresión habitual.

Tomás dió un paso atrás y se encontró al lado de un individuo de mediana estatura, redondo, que saludó á Maiakín y pronunció con voz ronca:

—¡Buenos días, papá!

—¡Buenos días, Taras Jakovlitch, buenos días! decía el viejo sin quitar las manos de la puerta, sonriendo con aire estúpido.

Tomás, incomodado se alejó un poco, y se arrellanó en una butaca considerando con curiosidad extraña el encuentro del padre con el hijo.

En el umbral de la puerta, Jacob Tarasovitch temblaba de pies á cabeza; con la frente doblada á un lado, los ojos medio cerrados, miraba á su hijo en silencio. Taras, frente á él, con la cabeza erguida, envejecido, fruncido el ceño, posaba en su padre sus grandes ojos oscuros.

Una barbita negra, puntiaguda y varios pelos de bigote diseminados temblaban en su rostro huesoso, de larga nariz, parecido al de su padre. El sombrero temblaba en sus manos. Por encima del hombro del viejo, Taras podía percibir el rostro pálido, asustado y dichoso de Liubov. Esta miraba á su padre con gesto suplicante y parecía pronta á hablar.

Durante algunos momentos, los tres permanecían en silencio, inmóviles, aplastados por la violencia de sus sentimientos. Jacob rompió al fin el silencio diciendo con voz sorda y temblona:

—¡Tu estás viejo, Taras!

El hijo sonrió y examinó á su padre de arriba á abajo. Este dejó la puerta, dió un paso hacia adelante y se detuvo arrugando el ceño. Entonces Taras Maiakín, de un salto, se colocó frente al viejo y le tendió la mano.

—Abracémonos, propuso el padre dulcemente.

Se arrojaron uno en brazos del otro, y con movimiento brusco se estrecharon convulsivamente.

En este momento las arrugas del viejo temblaban, mientras que el rostro huesoso del joven guardaba su inmovilidad altiva.

Su abrazo no cambió en manera alguna el aspecto exterior de aquella escena de familia. Liuba sollozaba de alegría y Tomás pudo al fin respirar ruidosa y libremente.

—¡Eh, hijos míos, sois las llagas del corazón y no sus alegrías! pronunció Maiakín con voz vibrante.

Debió poner toda su alma en esta queja, pues su rostro se iluminó; pero pronto se sobrepuso y dijo á su hija con gesto de enfado:

—¡Ea! ya estás entontecida por la alegría... danos algo, té, etc... ¿No debemos festejar la vuelta del hijo pródigo? Tú, viejecillo, ¿no te acuerdas ya de cómo es tu padre?

Con sus grandes ojos meditabundos, Taras Maiakín examinaba á su padre y sonreía. Se callaba, y sus vestidos negros hacían resaltar más las canas que sembraban aquí y allá su barba y sus cabellos.

—¡Vamos, siéntate! Habla, cuenta tu vida, todo lo que has hecho. ¿Qué miras? ¡Ah! es mi ahijado... el hijo de Ignat Gordeieff, Tomás... ¿Te acuerdas de Ignat?

—Me acuerdo de todo, respondió Taras lacónicamente.

—¡Oh! Estaría bien... si no te alabases... ¿Eres casado?

—Viudo...

—¿Tienes hijos?

—Es lás-tí ma... ¡Habría tenido nietos!

—¿Puedo fumar? preguntó Taras.

—¡Ya lo creo! ¡Bah! ¿fumas cigarros?...

—¿Le desagrada?

—¿A mí? me es igual... no, digo eso porque un cigarro... es de gran señor...

—¿Y por qué estimarnos menos que ellos? dijo Taras sonriendo.

—Pero ¿acaso he dicho yo eso? exclamó el viejo. He hecho una simple observación. porque me parece eso muy raro. Un viejo serio, con la barba cortada á la europea y un cigarro en la boca... ¿Qué es? ¡Hijo mío! ¡ja, ja, ja!

El viejo empujó á Taras por el hombro y retrocedió asustado, preguntándose si su alegría no era prematura y si era así como él debía recibir á aquel hombre encanecido. Con mirada curiosa se puso á examinar el rostro de su hijo, sus grandes ojos sobre todo, rodeados de un círculo obscuro y ligeramente hinchado.

Taras le envió una sonrisa afectuosa y le dijo pensativo:

—Así es como yo le recuerdo; siempre alegre y vivo. Los años no pasan por usted... no cambia...

El viejo se irguió, lleno de orgullo, y dijo golpeándose el pecho:

—¡No cambiaré jamás! La vida no rinde al hombre que conoce su propio valer. ¿Verdad?

—¡Oh, qué soberbia!..

—¡Imito á mi hijo, ya se ve! exclamó el padre con maliciosa sonrisa. Tengo un hijo, amigo mío, que por orgullo ha permanecido en silencio durante diez y siete años.

—Es que su padre no queria oírle, replicó Taras.

—¡Bueno! Ya pasó... Dios solo puede juzgar cuál

de los dos tuvo la culpa. El es justo. El te lo hace ver, ten paciencia... Yo sólo deseo guardar silencio sobre esto... No es tampoco hora de hablar. Dime más bien lo que te has hecho durante estos largos años. ¿Cómo estás en aquella fábrica? ¿Cómo has hecho tu carrera?

—¡Es largo de contar! dijo Taras suspirando.

Lanzó al techo una bocanada de humo y repuso:

—Desde que pude trabajar libremente, entré como empleado en casa del gerente de las minas de oro que pertenecen á los Remezoff...

—Les conozco... gente muy rica. Tres hermanos; les conozco á los tres. El uno es deforme, el otro tonto y el otro avaro... Continúa..

—He trabajado allí durante dos años... y me casé con la hija, continuó Taras con voz aguda.

—¿La hija del gerente? Eso no está mal.

Taras se calló pensativo... El viejo notó su expresión dolorosa y adivinó la causa.

—Veo que has sido dichoso en tu matrimonio... ¿Qué hacer? El paraíso es para los muertos y los vivos deben continuar sus negocios. . Por otra parte, no estás viejo... ¿Hace mucho tiempo que enviudaste?

—Tres años...

—¡Ah! Bueno.. ¿y cómo has entrado en la fábrica?

—Es la fábrica de mi suegro.

—Muy bien, ¿cuánto ganas?

—Unos cinco mil rublos...

—¡Hum!... ¡buen pellizco! Sí. ¡Es lindo para un presidiario!

Taras dirigió á su padre una mirada segura y preguntó secamente:

—A propósito, ¿de dónde ha sacado V. que yo he estado en presidio?

El viejo contempló á su hijo con estupefacción que pronto tornóse en loca alegría.

—¡Ah! Pero ¿no has estado allí? ¡Oh, qué bien! Pero entonces ¿cómo es eso?... No te ofendas... ¡Es tan difícil á veces contenerse! Se ha dicho: ¡En Siberia! ¡Y allí está el presidio!

—Para concluir de una vez con todas esas leyendas, dijo Taras golpeando su rodilla, voy á contarte inmediatamente cómo pasaron las cosas. He sido deportado á Siberia durante seis años, y he vivido todo ese tiempo en el gobierno minero de Lensk... He estado nueve meses en la cárcel de Moscou... ¡eso es todo!

—¡Bah! ¿cómo ha podido ser? balbuceaba Jacob, alegre y confuso.

—Circuló ese rumor estúpido...

—Verdaderamente estúpido, repitió el viejo.

—Que ya me ha sido una vez perjudicial...

—¿Es posible?

—Sí... había emprendido un negocio por mi propia cuenta y he perdido mi crédito gracias á...

—¡Oh! exclamó Jacob Maiakin con cólera, ¡los diablos! ¿habrase visto?

Tomás no se movía en su rincón, guiñaba los ojos mirando al recién venido y seguía atentamente la conversación.

Todo lo que Liubov le contara á propósito de su hermano le había entusiasmado y le creía de fisonomía distinta á la de los demás hombres. Pensaba que Taras debía hablar, vestirse de un modo particular y en general que no podía ser semejante á todo el mundo y he ahí que se encontraba frente á un hombre burdo, serio, correctamente vestido, con ojos severos y muy parecido á Maiakin, de quien no se diferenciaba más que por el corte de la barba y el cigarro. Su lenguaje era claro y breve; hablaba de cosas corrientes. ¿En qué veía Liuba lo extraordinario?

Diserta sobre los beneficios que se pueden sacar

de la fabricación de la soda... ¡Ni siquiera ha estado en presidio! ¡Liubov ha mentido! Y Tomás se representó con placer la conversación que tendría con ella á este propósito.

Liubov se mostró varias veces en la puerta mientras los dos hombres hablaban. Su rostro estaba radiante y sus ojos, resplandecientes de entusiasmo, se posaron en su hermano, vestido con levita de numerosos bolsillos y enormes botones. Andaba de puntillas y extendía el cuello en dirección de Taras. Tomás le echaba miradas interrogadoras, pero ella no las veía, yendo y viniendo ante la puerta, con las manos cargadas de platos y botellas. Se encontraba precisamente en el umbral cuando Taras habló del presidio. Se detuvo como petrificada, con una fuente en la mano, y escuchó religiosamente lo que su hermano contó del castigo que había soportado. Después se fué sin notar la mirada burlona que le dirigió Tomás.

Absorto en sus reflexiones, un poco mohino por pasar inadvertido, aun para el mismo Taras que ni se dignó siquiera mirarle desde que le había estrechado la mano, Tomás olvidaba á los dos Maiakín y su conversación, cuando sintió bruscamente que una mano se había posado en su hombro. Tembló y se puso en pie de un salto, con tal vivacidad, que faltó poco para tirar al padrino, que de pie delante de él, con el rostro animado, le decía:

—Mira, ¡he aquí un hombre! ¡Este es un Maiakín! Se le ha hecho hervir en siete aguas, se le ha prensado como manteca, y vive. ¡Y es rico! ¿Comprendes? Solo, sin apoyo, sin ayuda, ha hecho su camino, y está orgulloso de ello. ¡Lo que es un Maiakín! Maiakín significa un hombre que tiene el destino en sus manos... ¿Has comprendido? Mirale. No encontrarás otro parecido entre ciento. Y hasta te desafío á encontrarlo entre mil. ¿Qué? Acuérdate:

un Maiakín es un hombre; no se hará de él ni un ángel ni un demonio.

Confundido por aquella salida vehemente, Tomás no encontraba nada que responder y sus ojos se dirigían á Taras.

Este fumaba tranquilamente su cigarro, mirando á su padre, mientras una sonrisa vagaba por sus labios; su rostro tenía una expresión de satisfacción benévola y en su mirada se reflejaba un gran orgullo. Parecía contento de ver la alegría del viejo. Sin embargo, Jacob empujaba á Tomás con el dedo y continuaba:

—No conozco á este hijo único... no he abierto su corazón... Es posible que estemos separados por un abismo que no pueda franquear el vuelo del águila, ni atravesar el diablo... Su sangre quizás ha cambiado, y no le resta nada de la sangre paterna... pero es un Maiakín. Y lo siento de pronto. Lo siento y digo: ¡Te dignas, Señor, perdonar tus pecados á tu humilde servidor!...

El viejo temblaba de pies á cabeza y parecía bailar de alegría bajo la nariz de Tomás.

—Vamos, calmáos, padre, dijo Taras abandonando lentamente su asiento y aproximándose á su padre. ¿Para qué alterar á este joven? Sentémosnos.

Sonrió bondadosamente á Tomás y cogiendo á su padre por el brazo le llevó hacia la mesa.

—Creo en la voz de la sangre, decía Jacob Tarasovitch. ¡La herencia es una fuerza! Mi padre, aun lo recuerdo, me decía: «Yaschka, tú eres de mi sangre... La sangre de los Maiakín es una sangre espesa... pasa de padres á hijos y ninguna mujer la corromperá.» ¡Vaya! ¿Tomamos champagne? ¡Bebamos! Y continúa hablándome de tí... de la Siberia...

Y el viejo miró de nuevo á su hijo con mirada

extraviada, como si acabase de ser arrancado del sueño por una idea súbita. Pero el lenguaje claro y preciso de Taras provocó una nueva explosión de alogría muy viva. Tomás no se movía del rincón y lo observaba todo en silencio.

—La explotación minera es una industria interesante, decía Taras tranquilamente, pero al mismo tiempo arriesgado y que necesita de un gran capital... La tierra no dice á nadie lo que guarda... Es al contrario muy ventajoso traficar con los indígenas. Este comercio, organizado sin método, da grandes beneficios. Es una empresa de absoluto reposo... pero enojosa, hay que confesarlo. No pide más que un poco de inteligencia y un hombre de grandes miras no encuentra allí donde emplear sus facultades.

En este momento Liubov entró é invitó á todos á pasar al comedor.

Cuando los dos Maiakín se dirigieron hacia la puerta, Tomás tiró dulcemente de la manga á Liubov y la joven se detuvo, preguntándole con apresuramiento:

—¿Qué tienes?

—Nada, dijo Tomás sonriendo; quería sólo saber si estabas contenta.

—¡Naturalmente! exclamó Liubov.

—¿De qué?

—¿Qué quieres decir?

—Nada... Te pregunto por qué estás contenta...

—¡Qué rarezas tienes! dijo Liubov sorprendida.

¿No lo ves?

—¿Qué?

—Pero ¿qué tienes? exclamó ella, mirándole con inquietud.

—¡Oh! ¡oh! pronunció Tomás desdeñoso. Tu padre y nuestro medio de tráfico ¿pueden producirte alguna sensación de alegría? Los cardos no pue-

den dar frutos. Mentías odiosamente cuando me decías: Taras por aquí, Taras por allá. ¿Qué ves de particular en él? Un comerciante como los demás. Hasta tiene vientre como nuestros comerciantes... ¡ja, ja, ja!

Estaba encantado del efecto que producían sus palabras en la joven, que, alterada, cambiaba de color y se mordía los labios.

—Eres... eres... Tomás... trató de responder con la garganta apretada.

Después golpeó con su pie el suelo y exclamó:

—¡Te prohibo que me hables!

Bajo el dintel se volvió y le dijo á media voz:

—¡Oh! ¡Feo, más que feo!

Tomás se echó á reír. No tenía deseos de seguir al comedor á aquellos tres seres tan dichosos, cuya conversación animada llegaba á él. Oía el sonido de sus voces, risas alegres, ruido de vajilla y se daba cuenta perfectamente de que su sitio no estaba allí. Su sitio no estaba en ninguna parte. Si todo el mundo le aborrecía como Liubov en aquel momento, se sentiría aun más á gusto. Se decía:

«¡Oh! entonces me conduciría como es debido y encontraría á quien hablar, mientras que ahora no comprendo si es lástima ó desprecio lo que excito con mi aspecto de sér sin talento, que no sirve para nada...»

Después de algunos momentos de reflexión, en medio del cuarto, Tomás dejó aquella casa, en la que todo el mundo era dichoso.

En la calle se sintió irritado contra los Maiakín, sus únicos parientes. Se representó el rostro de su padrino, sus arugas temblorosas de placer, sus ojillos verdes en los cuales la alegría había iluminado con resplandor fosforescente. «En la obscuridad todo es brillante», se dijo con coraje.